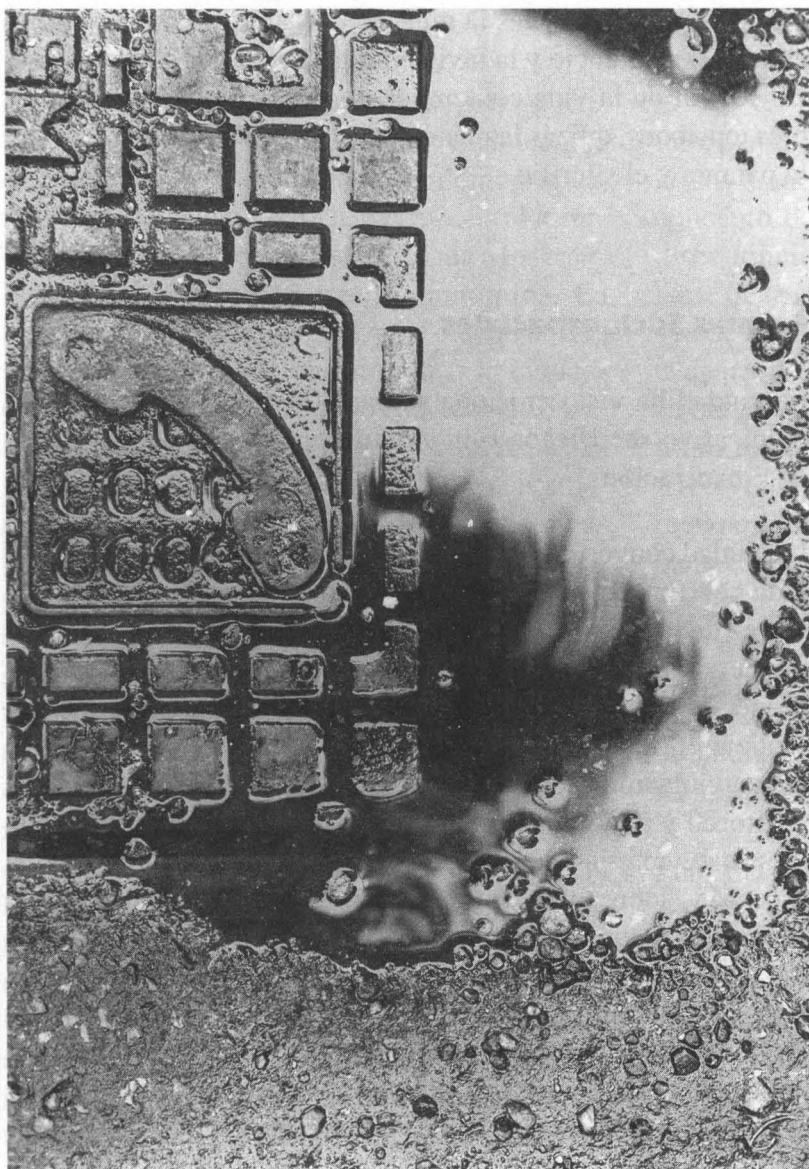


# Andamios para una nueva ciudad

Acción y gestión comunicativa<sup>1</sup>



Rossana Reguillo

Profesora-investigadora  
Departamento de Estudios de la Comunica-  
ción Social.

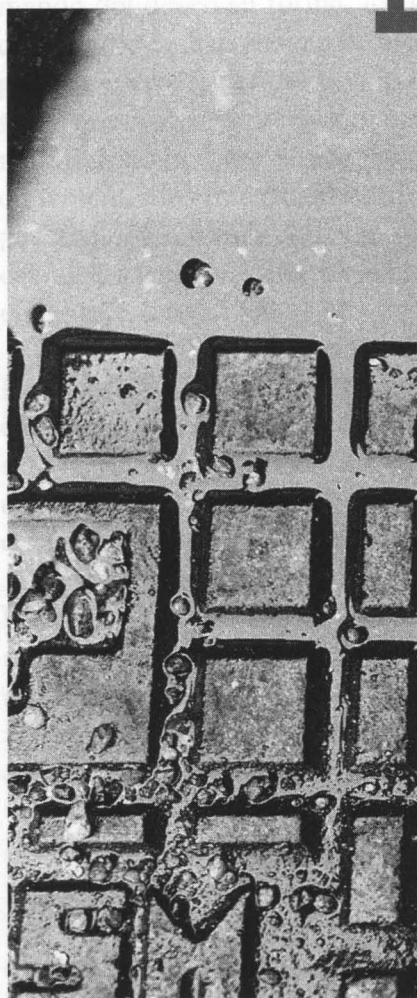
Universidad de Guadalajara  
Profesora del Departamento de Estudios  
Socioculturales. ITESO.

..voz sin lenguaje, enunciaciones que fluyen del cuerpo memorioso, opaco cuando ya no dispone del espacio que la voz del otro ofrece al decir amoroso o abrumado. Gritos y lagrimas: enunciación afásica de lo que ocurre de improviso sin que se sepa de dónde llega (de qué oscura deuda o escritura del cuerpo), sin que se sepa cómo, sin la voz del otro, eso podría decirse.

Michel de Certeau

**E**

l fin de todo lenguaje es la muerte. Por tanto, vencer la muerte es vencer el silencio y la invisibilidad. La ciudad como escenario central de la vida contemporánea se enfrenta hoy a múltiples tensiones, quizás la más importante es la que se sitúa entre la palabra y el silencio.



### **Formas Socioespaciales**

La ciudad ha visto erosionarse paulatinamente el vínculo comunicativo sacrificado o ignorado por los brutales procesos de urbanización.

La ciudad convertida en metrópoli (Simmel, 1977) por la acelerada concentración de bienes, servicios y personas, derivada a su vez de la expansión de la economía monetaria, trajo consigo un detrimento de los contactos personales por vía de la despersonalización de las relaciones sociales, requerida para garantizar el funcionamiento de este moderno entorno. La lógica de acumulación se superpuso a los esquemas de organización territorial y simbólicos de las poblaciones ciudadinas obligando a sus habitantes a una reconfiguración en los modos de uso del espacio y, sobre todo, originó un repliegue hacia lo privado en la medida en que transformó el espacio público urbano en un espacio instrumental. La característica de la metrópoli es la del desplazamiento, movilidad acelerada. La calle es el “background” que el transeúnte contempla distraidamente entre dos puntos fijos. El automóvil, el autobús, el metro, son prótesis que transforman al habitante de la metrópolis en un sujeto fun-

1 Ponencia presentada en el Seminario “Ciudad Comunicada”. Pontificia Universidad Bolivariana. 17 y 18 de octubre de 1997. Medellín, Colombia.



cional a los objetivos de la urbe.

La ciudad transformada en megalópolis (Gottman, 1994) más por los procesos sociales que desata que por la concentración demográfica, reformula los residuos de la metrópolis al insertar una nueva lógica urbana articulada a los cambios acelerados en la esfera económica. La megalópolis tenderá a organizar la ciudad en tres tipos de espacios socioterritoriales: la ciudad-eje en la que se concentran los núcleos de desarrollo económico y oficinas gubernamentales; la llamada *edge-citie*, que es la “ciudad en las afueras”, donde se concentrarán dos tipos de áreas habitacionales, los suburbios de las clases dirigentes y los complejos para los trabajadores o excluidos; y, los “exopolos” como subsistemas situados más allá de la *edge-citie*, de usos múltiples (industrial y habitacional, principalmente). Esta organización socio-territorial, repercute en las formas de socialidad al operar un “vaciamiento” del centro y generar múltiples centralidades-periféricas que tienden a “fijar” al habitante de la megalópolis en territorios restringidos y autosuficientes. La experiencia de ciudad se reduce al propio microuniverso ya que los “megapolitanos” tenderán a vivir, estudiar, comprar, y a practicar su culto en una misma región. Así el nomadismo de la metrópolis, se transforma en la megalópolis en un sedentarismo

selectivo cuya repercusión es la de una precarización en las relaciones sociales.

Para pensar las transformaciones urbanas actuales, es Francois Ascher (1996) el que propone el concepto de “metápoli” para dar cuenta de la discontinuidad entre los espacios que forman parte de la metrópolis, que se interconectan a través de las tecnologías de comunicación. Se trata de pequeñas ciudades dentro de la ciudad que es distinta de la megalópolis en cuanto a que la trama urbana está vinculada por nodos informativos-comunicativos, en un efecto de red. En la metápoli la dimensión presencial de la vida urbana es sustituida por la interactividad que favorece la tecnología. Otro modo de conceptualizar estos procesos urbano-tecnológicos es el formulado por Javier Echeverría (1995), quien pone el énfasis en las posibilidades telemáticas de interacción, el denomina a este modo de relación urbana “telépolis”.

Pero más allá de las diferencias en las formas socioespaciales, lo que estas tres manifestaciones urbanas tienen en común es el debilitamiento o transformación del espacio público como espacio de la palabra colectiva y del encuentro.

Cualquiera que sea la especificidad de la manifestación de la forma urbana, esta se constituye

en espacio de interpelaciones diversas a los ciudadanos. La ciudad no es homogénea. El posicionamiento de los actores, el género, la edad, la creencia religiosa, la pertenencia a un territorio, la clase socioprofesional, introducen diferencias en los modos de experimentar y de actuar en la ciudad.

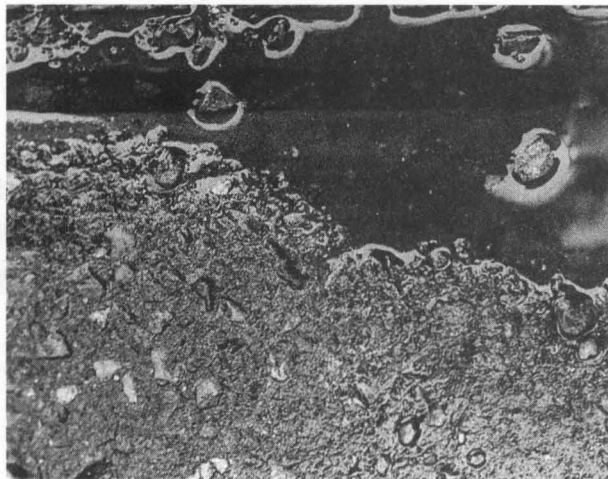
Estas diferencias en los modos de percepción y de acción, son el fundamento mismo en los que reposa el orden cultural urbano. El reconocimiento de la diversidad es el motor de la vida en la ciudad, su negación es la muerte de la ciudad.

### **Procesos socioculturales**

En las ciudades contemporáneas se expresan hoy, de manera general, dos grandes tendencias. De un lado, la reemergencia de ciertos discursos totalitarios o intolerantes que interpelan la subjetividad mediante argumentos centrados en la “recuperación” de lo perdido: las costumbres, la centralidad de la familia, los valores religiosos, el exacerbamiento de los nacionalismos. A la incertidumbre se responde “cerrando” el sentido y excluyendo la diversidad. Conservación y reproducción como dispositivos de continuidad.

De otro lado, la emergencia de discursos y prácticas horizontales que buscan nuevos acuerdos intersubjetivos, la negociación frente a la confrontación. Y que han abierto la posibilidad de una nueva forma de gestión colectiva capaz de incorporar, respetando, los distintos significados que coexisten en la ciudad.

En tal sentido la ciudad puede pensarse como



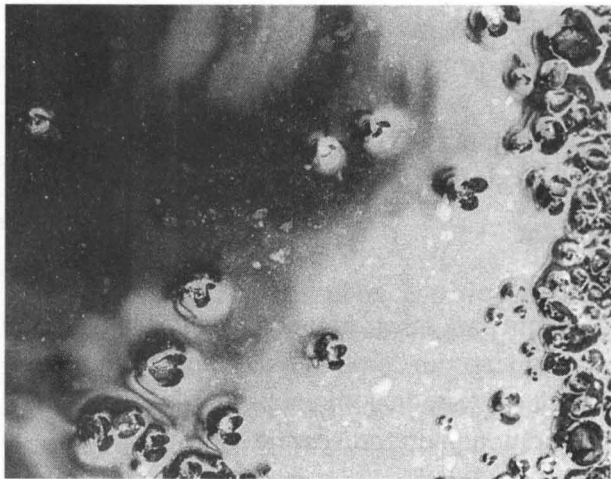
un triunfo y como un riesgo. Es el juego entre estas dos tendencias el que va configurando los modos de habitar la ciudad. Ello quiere decir que la ciudad no se agota en su forma, en la dimensión material, sino que se constituye a través del uso que los “prácticos” del espacio urbano hacen de ella.

Así, “la calle” como metaforización del orden urbano, se convierte en el territorio en disputa entre los proyectos excluyentes y los proyectos inclusivos.

El imaginario de la violencia, característico de las ciudades latinoamericanas trabaja a favor de la exclusión al instrumentalizar el más peligroso de todos los miedos: el miedo a tener miedo.

La calle se ha “vaciado”, deja de ser un lugar practicado (De Certeau, 1996), para convertirse en un territorio poblado de imágenes aterradoras que van asociándose peligrosamente a ciertas categorías socioculturales. El ciudadano vive permanentemente en la tensión confiabilidad-vulnerabilidad.

Vivir la ciudad implica la puesta en juego de una serie de competencias y simultáneamente de dispositivos que mantengan «a raya» todos aquellos elementos (materiales y simbólicos) que “se cree” irreflexivamente, representan una ame-



naza, un riesgo para la vida propia y la del grupo. Sin embargo, la vida urbana para su desarrollo demanda de intercambios de diversa índole (económicos, políticos, culturales) que reposan sobre un mínimo de certezas cuyo objetivo es el de maximizar estos intercambios.

El ciudadano «debe» confiar en que sus inevitables desplazamientos, sus necesidades de abastecimiento, su acceso a los servicios urbanos, entre otros requerimientos y sobre todo, su seguridad, están garantizados por diversos cuerpos de expertos y por subsistemas que ¡funcionan!. Sin embargo, tiene evidencias empíricas cotidianas que revelan la precariedad de estos funcionamientos.

La indefensión se experimenta como dato cotidiano, ello deriva en la producción de una especie de “manual para la sobrevivencia urbana” que proscribe tránsitos, que limita encuentros, que genera la sospecha generalizada. El miedo favorece la estigmatización que se convierte en la justificación del autoritarismo y de la exclusión.

No se trata de transformar al ciudadano en un “héroe” que en una epopeya urbana cotidiana, ignore o desestime la violencia real que se pasea impunemente por la calle, sino de generar dispositivos reflexivos que posibiliten que el ciu-

dadano deje de asumirse como “víctima” o espectador del derrumbe de la socialidad y se reapropie de la palabra como condición indispensable para apropiarse de la ciudad.

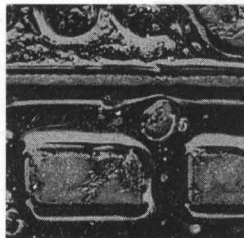
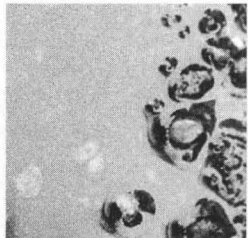
Y para ello debe entender que hoy más que nunca, se requiere una nueva forma de política.

### **Poderes y contrapesos**

Pensar en una ciudad comunicada obliga necesariamente a una reflexión en torno al ejercicio del poder.

Las reglas en el juego político, han cambiado. En relación al tema que aquí nos atañe, es importante colocar el elemento de globalización, no reducido a sus implicaciones económicas, sino centralmente en torno a lo que ha hecho posible, como un efecto no deseado por el mercado: el surgimiento de una sociedad civil internacionalizada. La ciudad hoy está conectada de maneras múltiples.

Cotidianamente y para compensar la crisis en la política social que se deriva de un modelo de desarrollo anclado en el libre comercio y que genera todos los días más pobres y marginados, emergen pequeñas agrupaciones ciudadanas que conocemos como “organizaciones no gubernamentales”, a las que en buena medida se debe el freno a la impunidad con la que actúan algunos Estados Nacionales, en la medida en que operan como redes de comunicación que se activan rápidamente y son capaces de movilizarse a mayor velocidad que el aparato gubernamental en la medida en que no padecen una estructura



organizativa pesada: Amnistía Internacional y Green Peace, son los ejemplos más acabados, pero no los únicos.

Hoy como nunca la voz de los ciudadanos agrupados en estas organizaciones se constituye en uno de los principales contrapesos al ejercicio del poder. Esto es algo con lo que los diferentes gobiernos tendrán que aprender a coexistir a diversas escalas: local, nacional, global. La administración de la ciudad no se agota hoy en el ámbito restringido de la región, de lo local.

En la escena política actual no sólo están presentes los actores tradicionales, se han ganado el derecho de piso los ciudadanos que han optado por el trabajo político-social como frente de lucha. La política es cada vez menos una esfera autónoma y cada vez más un espacio heterogéneo de formación de voluntades colectivas.

Pero si el poder debe aprender a vivir en este nuevo contexto, también los ciudadanos organizados están en la obligación de asumir responsablemente su papel y ello quiere decir dar pasos decisivos en la afinación de los mecanismos de formación de opinión y de acompañamiento a la sociedad. Para la ciudad contemporánea, la aportación principal de las llamadas ong's estriba en su capacidad para volver visibles los conflictos y los problemas centrales a la sociedad.

Son los contrapesos políticos la única manera de "hacer ciudad", interpelar a los poderes a través de una voz planetaria que se manifiesta localmente. Inevitablemente para unos, afortuna-

damente para otros, junto con la economía mundial, emerge una ciudadanía mundial que se resiste a ser tratada como súbdita. Hoy los muros de la ciudad son transparentes

En la medida en que a las voces organizadas se suman más voces y se construyen nuevos acuerdos políticos, la ciudad adquiere mayor espesor social y cultural ya que se configura entonces como producto del acuerdo colectivo.

Pero no sólo de política viven los ciudadanos.

## Cuerpos

La ciudad anda en los cuerpos y habita en la memoria. Imprime la huellas de su historia, de sus secretos, de sus gozos, de sus dolores, de su continuo hacerse en los muros y en los cuerpos de aquellos que la habitan.

Al priorizar la función económica e instrumental de la ciudad, se suprime el teatro, el circo, el carnaval, la fiesta, lo que significa la derrota del cuerpo, vehículo primero de la socialidad. La ciudad triste es aquella que ha expulsado los sonidos, los olores, los cuerpos ciudadanos, la que normaliza mediante decretos uniformadores los espacios de encuentro colectivo.

Los poderes lo saben, la fiesta es peligrosa porque el contacto crea nuevos lenguajes y confiere el sentimiento de pertenencia a un gran cuerpo popular, porque la risa desacraliza y logra abolir las estrategias coercitivas. Por ello, la ciudad

triste y disciplinada, sin memoria, genera espacios de vigilancia para evitar los grupos sospechosos, “las pluralidades confusas, huidizas” (Foucault, 1979), la ciudad descolectiviza: “a cada individuo su lugar; en cada emplazamiento un individuo” (ibid).

En esa ciudad, se castiga el exceso, de palabras, de gestos, de sonrisas, todo es austero. En esa ciudad los niños y los jóvenes, metáforas del exceso, son disciplinados poco a poco, hasta que asumen el caminar huidizo y silencioso de los “buenos” cuerpos ciudadanos.

El espacio se segmenta para los cuerpos clasificados: arriba, el gesto político que se asume superior; abajo, el cuerpo del pueblo, al que se le permite de vez en vez, una inversión carnavalesca del poder. Afuera, el cuerpo público; adentro, el cuerpo que ya no es más privado.

Pero en una “ciudad comunicada” los cuerpos logran expresarse. No es una ciudad exclusivamente para los “blancos” y los “hombres”, en ella caben todos los cuerpos, es una ciudad donde las exclusiones generadas por la biopolítica no tienen cabida. Todos son “uno de los nuestros”.

La ciudad comunicada tiene espacios para el contacto de los cuerpos diversos que la habitan. Es festiva porque sabe que la fiesta es el contrapunto del tiempo cotidiano y porque tiene memoria, capaz de transformar el «lugar común» en un «lugar significado».

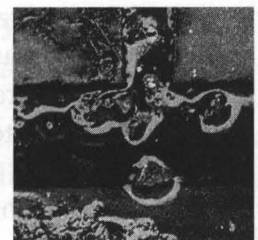
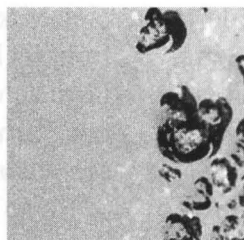
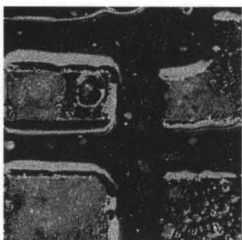
En los lugares va quedando la memoria de los

acontecimientos individuales y colectivos. Entender la ciudad como potencialmente «instauradora de intimidades colectivas y creadora de espacios de intercambios» (de Certeau, 1995;204) permite hacer salir de su «clandestinidad» los dispositivos a través de los cuales los cuerpos ciudadanos subvierten el orden planificado de la ciudad.

### La ciudad y sus medios

Hoy es una constante que los medios de comunicación (por definición urbanos), se dediquen al lucrativo negocio de reportar asuntos vinculados a la criminalidad, la delincuencia y a la violencia de muy distintos calibres. La “página roja” ha salido de su espacio restringido y pasa hoy a los titulares. El lector, el telespectador o el radioescucha va construyendo un paisaje citadino aterradorante, no hay escapatoria posible: el centro de las conversaciones gira en torno a la peligrosidad de vivir la ciudad (casi en cualquiera), a la incapacidad o corrupción de los cuerpos policíacos, a la impunidad y se incrementa el temor, la desconfianza, la sospecha como modo de vida.

Indudablemente los medios cumplen un papel muy importante en la ciudad contemporánea. Sin embargo, un peligroso protagonismo, además de su indudable (y legítimo) sentido comercial, amenazan con transformar a algunos medios en una especie de tribunales autoritarios que emiten fallos disfrazados de opiniones o peor, de “informaciones objetivas” y fomentan con ello



el clima de intolerancia que está creciendo peligrosamente en el mundo.

Al abandonar su papel de mediadores y convertirse en los arbitros e incluso en los jueces que pronuncian sentencias irrevocables, contribuyen a profundizar la fragmentación entre los ciudadanos y a incrementar la sospecha como modo de relación.

En la Alemania de Hitler, los niños eran obligados a tomar unas clases que se llamaban “ciencia racial”, cuyo sentido era el de ejercitar el ojo para “descubrir los rostros extranjeros”. En clase debían descubrir “la expresión cobarde y pérfida” de los estudiantes judíos. Franz Lüke, el autor del manual titulado “ABC de la raza aria”, afirmaba que “raza no es simple apariencia y que hay hombres de apariencia nórdica y que son judíos de espíritu”. Esto generó un clima de sospecha generalizado, acompañado de terror, porque si cualquiera podía convertirse en “judío de espíritu”, la denuncia se convertía en un deber sagrado para con el régimen.

No se trata de que los medios minimicen el problema de la violencia, ni de satanizar a los medios, pero si en vez de asumir con responsabilidad el papel que juegan por su efecto de verosimilitud y de ofrecerle al ciudadano, además de información, elementos serios de análisis, se dedican a profundizar los miedos (explicables) de la sociedad, a fomentar la desconfianza y a autoproclamarse “mártires y paladines” de la lucha contra la delincuencia, terminarán por ser parte del problema al fomentar el recelo, la intolerancia, el odio. Si los medios y sus operadores, han contribuido en buena medida a desacralizar y a desmontar críticamente los principios sobre los que han reposado los sistemas políticos autoritarios en Latinoamérica, sería un grave contrasentido que hoy se convirtieran en nuevos objetos de culto.

Por el contrario una “ciudad comunicada” no

puede hoy pensarse con independencia o al margen de los medios. Son ellos protagonistas de peso completo para las configuraciones que asuma la ciudad de fin de siglo.

Es importante plantear que en la medida en que se aceleren los procesos tecnológicos, que parece ser una tendencia irreversible, que convierta a los hogares de manera equitativa en nodos múltiplemente conectados al exterior, la necesidad de contar un espacio público robustecido, democrático, inclusivo, será una tarea que reposará en buena medida en el trabajo de los periodistas, cuya figura hoy se encuentra también en fase de aguda recomposición. Los periodistas en la nueva ciudad del nuevo siglo, se convertirán en lo que De Certeau (1995) denominó shifters (transladadores) es decir, en operadores del cambio por su capacidad de poner en circulación discursos y bienes. Seleccionan, difunden y dinamizan la información y son los agentes activos simultáneamente de su apropiación y de su transformación.

La “ciudad comunicada” requiere y merece un nuevo profesionalista capaz de activar nuevos significados, de reducir la franja de incomunicabilidad entre los poderes y los ciudadanos, de darle voz y presencia a la diversidad y sobre todo de dinamizar la gestión y la acción colectivas.

En momentos en que las utopías parecen desdibujadas y la barbarie amenaza con expulsarnos hacia lo privado-individual, la comunicación se constituye en una cuestión vital para salir de los ghettos en los que nos hemos confinado.

Es la comunicación como espacio de conversación y acuerdo intersubjetivo, la que en la metrópolis le da sentido a la identidad ciudadana y la que en la telépolis, puede ayudar a configurar una “cibernidad”, en la que la palabra fluya y sea reconocida por los otros.

Un joven indígena wixárika que pertenece a la etnia huichola de Jalisco, me dijo hace muy poco “la palabra compromete”, yo añadiría, la palabra salva.

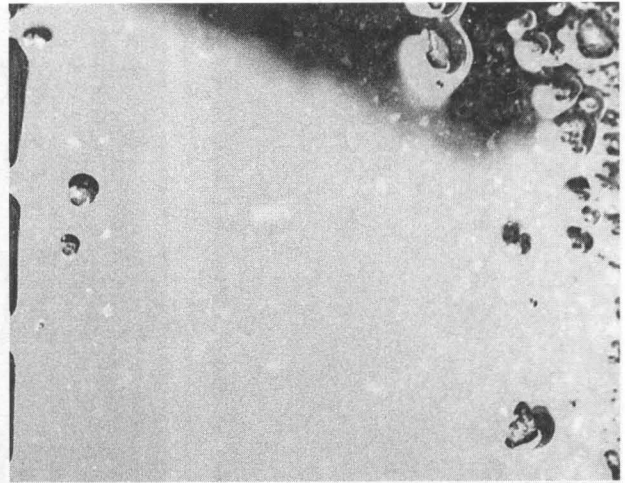
### Algunas notas finales

Una nueva ciudad en el sentido de los vínculos sociales que favorece, no puede pensarse con independencia de sus formas arquitectónicas, de sus procesos de urbanización, que deben responder y hacerse cargo de la diversidad cultural, no cómo discurso retórico para ocultar la desigualdad, sino como el fundamento mismo de una modernidad que no ha logrado cumplir sus promesas de libertad, igualdad, fraternidad.

Para ello resulta fundamental fortalecer de un lado los espacios de “conversación ciudadana”, al recuperar la calle, la plaza y los medios de comunicación; y de otro lado, avanzar en la constitución de una ciudadanía activa que no se defina por un acto jurídico sino por la participación a tiempo completo de mujeres y hombres que saben hacerse escuchar por los poderes y construir nuevos acuerdos democráticos. Será importante en esta búsqueda recuperar la memoria de lo que fuimos y lo que somos para volver con fuerza sobre lo posible.

La ciudad ha generado una nueva estructura de desigualdad que nos lanza el reto de volver visibles los mecanismos a través de los cuales se excluye a diferentes grupos sociales, tarea que sólo es posible mediante una gestión comunicativa asumida de manera colectiva que favorezca la reapropiación individual de una ciudad real-virtual en la que caben los niños, los ancianos, las mujeres, los indígenas, los otros.

Andamio es definido por el diccionario como “armazón de tablonos para trabajar en una obra”, también como “tablado que se pone en sitios



públicos para ver una fiesta” y, finalmente como “movimiento o acción de andar”. Todos estos sentidos son válidos. Los andamios aquí propuestos, son armazón, plataforma y movimiento, el desafío es la construcción de una nueva ciudad.

### BIBLIOGRAFIA

ASCHER, Francois (1996): *Metápolis*. Editions Odile Jacob. Paris

DE CERTEAU, Michel (1996): *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer I*. Universidad Iberoamericana/ITESO, México.

———(1995): *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. Universidad Iberoamericana/ITESO, México.

FOUCAULT, Michel (1979): *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid.

GOTTMAN, Jean (1994): *Megalópolis. The urbanized northeastern seaboard of the United States a twentieth century fund study*. MIT Paperbak edition, Cambridge.

SIMMEL, George (1977): *Estudios sobre las formas de socialización*. Alianza editorial, 2V., Madrid.